María Zambrano

Filosofía y poesía

Introducción de Joaquín Verdú de Gregorio

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hicieron Pedro Chacón y Mariano Rodríguez en el Vol. I – Libros (1930-1939) de las OO.CC. de María Zambrano, 2015.

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

© Fundación María Zambrano: 2025
© de la introducción: Joaquín Verdú de Gregorio, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-060-9
Depósito legal: M-12911-2025
Printed in Spain

Índice

9 Introducción, por Joaquín Verdú de Gregorio

Filosofia y poesía

31 A modo de prólogo
37 Pensamiento y poesia
51 Poesía y ética
73 Mística y poesía
101 Poesía y metafísica
131 Poesía

149 Notas

Introducción

Ignorancia y olvido son, en el acontecer de la humanidad, como un tímido reflejo de la nada creadora adonde con tanta pureza en ocasiones se ha querido ir, mas adonde nunca se llega, pues sería acceder a un vacío de temporalidad anterior a la duración que, en la concepción de María Zambrano en su libro *Filosofía y Poesía*, es el primer vagido del tiempo, una llamada que anhela débilmente su aparición, cual susurra Luis Cernuda:

> Donde habite el olvido
> En los vastos jardines sin aurora

El habitar conjetura un estar enraizado en algo y pertenecer a él, encontrar y quedarse. Ello equivale a una relación del hombre con el universo: el anhelo de habitar que implica un retorno hacia su ignorado origen, antes de la aurora, de su luz que ya irradiaría un despertar. Quizá una unidad

perdida o incompleta se desgaja de un transitar, un recorrer y un desprendimiento de lo que más tarde se llamará caída. Y el retorno no sería hacia la naturaleza, sino hacia un tiempo concebido como órbita del transcurrir sin alcanzar la libertad, que en el tiempo es total espontaneidad.

La órbita del transcurrir que permitió la gestación y publicación de este libro que el lector tiene entre sus manos, la narra la autora tanto en la «Nota explicativa» como en «A modo de prólogo», es por ello que en esta introducción he decidido mostrar alguna de las claves poéticas y filosóficas que María Zambrano indaga y recibe de la tradición. Así pues, siguiendo con la poesía de Luis Cernuda, tan influyente en la autora, al igual que la de muchas de sus amistades de generación, la imagen de los jardines sin aurora pudiera evocar la de un *paraíso*, reflejo del mito del paraíso perdido tan presente en la evolución de la humanidad y de la metáfora de la luz advenida tras el alba, aquí ausente pero tan vigente en el devenir de las utopías y los sueños humanos. Esa ausencia de luz simboliza la imposibilidad de atravesar el dintel entre la noche y el día. Es en la noche arcana de los tiempos donde se sitúa el poeta. Paradójicamente para el científico, el saber sobre el universo se enlaza con el *Big-Bang,* la explosión que plasmó su aparición hacia la Luz y todo lo anterior sólo puede ser intuido por el cosmos poético. Y es que la ocultación o pérdida de ese tiempo originario pudiera ser contemplada como una metáfora visualizada en el espejo del mito bíblico de la caída de los ángeles y tras la que fluyen las primeras huellas lo terreno:

> Donde yo sólo sea
> Memoria de una piedra perdida entre ortigas
> Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.

En la visión de Teilhard de Chardin surge esa atención, tan presente también en Zambrano, por el acontecer evolutivo del ser humano que deja sus huellas sobre la piedra. Imagen del tiempo-memoria paradójicamente solidificado en la conjunción del agua y la tierra. Como muestra la piedra, olvidada y pérdida en una primigenia vida vegetativa; y la ortiga, hiriente y ancestral, planta fusionada en ese inicio de un vivir que se confunde con un sueño; y una llamada al aire como imaginación material que supone esa elevación que paradójicamente se aleja de la imposibilidad del sueño.

Reflejaría esa *Memoria del Olvido* el arcano universo del *silencio*, en cuyas fuentes se han ido deslizando esos saberes orientales que se muestran en el taoísmo, el budismo y sus confluencias con la mística de los *Upanishad*, sugiriendo aquello por lo que *todo* es manifestado sin que *nada* sea manifestado*:* «Pues que quien no habla se identifica con la palabra originaria. Por ello, ¿podré jamás encontrar alguien que olvide la palabra y dialogar con él?». Es la búsqueda del dialogo sin palabras y libre de los vínculos de la razón discursiva que es ciertamente algo insólito para la mentalidad moderna. Pues el silencio es también expresión de la palabra anterior a su vocalización auditiva tal como hoy la entendemos y al par concomitante con ella más tarde, cual serían el gesto, el rumor, la expresión admirativa o contrariada, la palabra perdida, la que se guarda... y más precisamente la *mirada*, que en la concepción de Zambrano se manifiesta en esos ojos que salen a la noche con una disponibilidad pura y entera sin sombra de avidez. No van de caza, no se sufre el engaño que procura el ansia de *captar*, ni la tiranía del concepto que somete a la libertad con el cebo del conocimiento y la acecha cuando todavía flota en el mar de las aguas primigenias.

Mas el origen del universo reside en el cosmos, es astral, de modo que la persona en su contemplación quedaría encantada...; quizás la persona contemplativa preceda a la activa. Existe un ritmo en la música de las esferas y, a su imagen, se da un ritmo en la respiración de cualquier ser viviente y el ritmo que mide la vida es el que siente el corazón, el único órgano que tiene sonoridad, como nos recuerda María Zambrano. Y en cuanto a los dioses y daímones, el ritmo de la armonía es su elemento, ellos viven en la metamorfosis y la danza. La palabra poética buscará esa musicalidad, esa armonía, pues antes de la razón era el encanto, la magia persistente del canto y la danza como ofrecen los rituales de nuestros ancestros. El canto, la lira y la armonía aluden a una acción mágica invocadora de almas y de recuerdos. La música y el canto integran el número, que en su visión pitagórica conforma la estructura de la realidad. Y entrañada en esa música está la diosa que alcanza la memoria y aplaca el dolor a un tiempo.

Los pitagóricos se preguntaban: «¿qué es lo más sabio? El número. ¿Qué es lo más bello? La armonía». Sería pues esa armonía la vía o medio para reintegrar el olvido, el tiempo sagrado en el deslizarse del tiempo, salvándolo poéticamente, barajando con arte infinito el movimiento y el reposo, el día y las tinieblas, el silencio y el rumor. Como afirmaba Diderot, la poesía tiene el poder de decir y representar las cosas pues al unísono el entendimiento capta, la imaginación ve y el oído escucha.

Levy-Strauss nos aclara que un sonido musical no lleva consigo consideración alguna, todo depende de los que le preceden y le siguen, de su armonía. Y así, la música es una lengua que tiene sus caracteres fundamentales. Al par que

las palabras son signos condicionales de las cosas, en la música los sonidos no son expresión de la cosa, son la cosa misma.

La música es el reflejo de ese tiempo primario y sagrado, que sólo cuando se escucha se ofrece como encarnación de una temporalidad que se sostuviese sobre el vacío. Aún más, la música logra su sentido de *habitar* el tiempo, de integrarlo en otra modalidad que la de su pasar, en una de las acepciones zambranianas, cual anhelo que va más allá de lo inmediato, a modo de aventura hacia otro reino que pudiese ser un reino postulado por lo más íntimo de una vocación. Nietzsche sugería que no puede escucharse la música sin que manen las lágrimas, a lo que Emil Cioran responde que ellas son causadas por la nostalgia de un universo que se cree perdido. Irreversible resulta la ascensión, la separación o el traspaso de la vida propia de un reino a otro, el liberase de su prisión o, al menos, atravesar el cerco, pues que la realidad parece oponerse a la vida y al sueño. A esa vida que anhela su sueño, como nos ofrece el testimonio de un poeta, Federico García Lorca, tan fraternalmente unido en su vida y muerte al itinerario de María: «andamos / sobre un espejo / sin azogue, / sobre el cristal sin nubes. / Si los lirios nacieran / al revés, / si todas las raíces / mirarán las estrellas, / y el muerto no cerrara / los ojos / seríamos cisnes». Se vislumbra el cisne como la imagen de la belleza y del ángel caído en su ansia imposible de vuelo.

Todo ello nos recuerda, como hemos apuntado, al mito del *Paraíso perdido* que ha ido fluyendo en las varias religiones, teogonías y utopías aparecidas en las diversas etapas de la humanidad, como una nostalgia de un tiempo y un espacio que en la imaginación pudiese nombrar propiamente su

patria. Como si estuviéramos desolados y exigiéramos un paisaje que urdiese una correspondencia entre nuestro ser y el marco exterior: a ello responde el paraíso. Y es que la desolación llama a la belleza para verter en ella su vacío.

Se ha plasmado, sobre todo en la poesía moderna, ese afán por la infancia como huella del paraíso a la que se desliza en momentos decisivos la existencia. Ya enunciaba Wordsworth poéticamente que «the child is the father of the man» y que el adulto pudiera sumirse en el anhelo de habitar ese universo sagrado y misterioso tal como se desvela en la infancia. Cernuda recrea en *Ocnos* un cosmos más allá del caos, en donde la naturaleza siente al unísono con el niño y para Jung la infancia es el *mitologema* que recrea la posibilidad de renacer. En ello hallamos el trasfondo del ritual religioso que nos recuerda la natividad de los dioses, cual si el tiempo se reiniciase en un nuevo ciclo y surgiese de una ignota tiniebla oscura. Aproximarse a la infancia es aproximarse a lo que lógicamente no cabe aproximarse, mas que fecunda a ciertos seres en trance de pureza, a ciertos seres que sólo podrían llamarse pobres de espíritu, limpios de corazón, como Dilthey señalaba en Hölderlin, sugiriendo que la labor del poeta se caracteriza por su inocencia y el diálogo abierto. También observa este carácter María Zambrano en Nina, el personaje de la novela de Galdós, *Misericordia.* Mas en lo concerniente a la nostalgia de esa etapa originaria de la humanidad, piensa Zambrano que el origen es anterior al caos y nos recuerda la añoranza de Arthur Rimbaud del *desarreglo de los sentidos* para lograr la *alquimia* del verbo, ya que ese término equivale para la pensadora a una trasformación —*changer la vie,* según el poeta— en pro de la búsqueda de la palabra que no se desprecia, o más bien del hallazgo que equivale a una revelación. Un itinerario

espléndidamente tortuoso para el poeta francés que lo expresa en esa travesía en la que irrumpe una naturaleza desatada, en su magistral poema *Le bateau ivre.*

Estas primigenias etapas de la evolución del universo y de la persona, más allá de los tiempos históricos y de la construcción científica, dejarán su huella cual sombra que queda en eso que llamamos *sentir* originario y que tan bien expresa el poeta Luis Cernuda:

> Soy eco de algo;
> Lo estrechan mis brazos siendo aire.
> Lo miran mis ojos siendo sombra
> Lo besan mis labios siendo sueño.

Mas en este universo de lo sagrado la persona mira y se siente mirada. No habiendo surgido todavía la palabra van apareciendo los dioses y ello es el principio de la pregunta del ser humano sobre su entorno. La pregunta que ya implica un inicio de la Filosofía a que los dioses son en cierta forma ya una respuesta y con ello la revelación del enigma que nos rodea. Pero al propio tiempo se pregunta sobre las cosas y ello implica la aparición de éstas pues que la existencia de las cosas se realiza a través de su denominación. Ello provoca una separación, una decadencia de lo sagrado, de las fuerzas mágicas que nos hablan y nos miran, nos amenazan y protegen. Es el pre-nacimiento de la conciencia. Se inicia una ruptura con esa edad de oro de Don Quijote que inicia lo que Zambrano denomina «la pérdida de la inocencia y la edad de las desdichas», así como la aparición de la angustia que en sus diversas modulaciones será coetánea a la errancia del ser humano.

Paradójicamente, cuanto más se avanza en el territorio de la conciencia, el de esa luz que cierne y pone sus límites, la persona teme perder su fábula, sus mitos, se halla en conflicto. La filosofía llama a la vigilia pero el ser humano parece obstinarse en su vida sonámbula, se siente en medio de las cosas como una larva que ha de nacer y salvarse, nos recuerda Zambrano, y se le pone frente a una promesa de seguridad como si se dijera «si te atreves a esto, si reduces tu vida a esto, claro, seguro, idéntico a sí mismo, estarás a salvo, ninguna fuerza, ni siquiera la de los dioses, te podrán arrebatar tu condición». Pero una parte del ser queda latente en ese sueño primordial y originario que siempre le acompaña. Se siente oscilante entre la realidad de la vigilia y su más hondo interior, el sueño. En la entraña de su pensamiento, el llamado inconsciente trasciende a la persona para, en sintonía con la visión de Jung, alcanzar el carácter de colectivo en el que se hallan integradas todas las etapas de la humanidad, que a través de los llamados *arquetipos* ofrecen una posibilidad de representación de las mismas.

El poeta es el viajero en un laberinto enamorado de todo cuanto le rodea sin querer renunciar a nada que salga a su encuentro, ni a la criatura, ni a un instante de la criatura, ni a una partícula de la atmósfera que lo envuelve, ni a las apariencias que fluyen en su camino. En cambio, el filósofo busca la unidad más allá de toda apariencia, unidad absoluta sin mezcla de multiplicidad, porque las imágenes semejan dispersarla y quiere dilucidar la presencia de lo real, de las cosas que *son*, fijar la verdad pensando que más allá de ese límite todo es engaño. Este camino es más claro, más seguro en la conquista de algo firme que se pretende absoluto, un mundo con un orden y perspectiva donde ya existe el princi-

pio y lo «principiado», la forma y lo que está bajo de ella, es el camino de la *Razón.* No obstante la poesía para la pensadora veleña tiene también su unidad, su vuelo, su trasmundo, y para ello acude al verso de Machado: «Mi corazón latía atónito y disperso». Ese latir es un ritmo que ya expresa un acorde frente a la dispersión, la palabra se hace canto y por ello música que atrae a la naturaleza cual vimos en Orfeo. Un decir que es un cantar. Un ritmo que al par parece provenir de un horizonte tantas veces olvidado y tan hondamente trascendiendo en acontecer humano cual se refleja en los versos de Lorca: «porque yo no soy un hombre, ni un poeta ni una hoja /, pero sí un pulso herido, que sonda las cosas del otro lado».

Unos versos que hablan de los sonidos del corazón, de su ritmo en la vida humana. Y en ello el sentir de la herida que conforma poéticamente al ser humano en su vida, amor y muerte, en expresión de Miguel Hernández. El poeta halla el sentir de las cosas en el sentir del pulso; el que fundamenta la unidad más allá de la dispersión. El latir de las entrañas que suena para vencer la mudez de todas las demás, y permite ser escuchado. Y esa escucha en sí y hacia lo demás, lo otro, nos permite desentrañar la verdad, que tantos consideran divina y otros robada al mundo de los dioses. Recordemos a Prometeo, de ahí las palabras del poeta Machado, recogidas por la pensadora que leyendo «sus bien amados versos» infiere en el «espejo de sus sueños»:

> que una verdad divina
> temblando está de miedo,
> y es una flor que quiere
> echar su aroma al viento

Ese conocer en respuesta al sentir nos desliza hacia la recuperación de los tiempos remotos en la visión de Baudelaire: «les parfums, les couleurs et les sons se répondent», cuando el conocer fluía de ese sentir, al acudir los sentidos a las solicitaciones del mundo exterior conjuntamente –vista, olfato, oído, gueto tacto–, mas sólo uno de ellos otorga la respuesta adecuada, adelantándose a los demás sin perder su comunicación con los restantes.

En su aspecto divino la palabra poética pudiera considerarse como *palabra-diálogo* como afirma Heidegger basándose en la poesía de Hölderlin, en un poema inconcluso de éste:

> Muchas cosas ha experimentado el hombre
> A muchas celestiales ha dado ya nombre
> Desde que somos Palabra-diálogo
> Y podemos los unos oír a los otros[1].

Diálogo que significa poder hablar y oír como presupuesto para hablar con los otros. Poder hablar y oír son ambos equi-originarios. En la palabra esencial se hace patente lo Uno y lo Mismo sobre lo que nos unificamos, sobre lo que fundamos la unanimidad, lo que nos hace propiamente uno mismo. Desde el punto en que el hombre se pone en presencia de algo permanente, puede comenzar a exponerse a lo tornadizo, a lo venidero, a lo pasajero, porque tan sólo es mudable lo constante. Y desde que el *tiempo desgarrador* se desgarra a sí mismo en presente, pretérito y futuro, se da la

1. «Reconciliador, en quien nadie creyó», citado en su libro *Holderlin y la esencia de la poesía*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1994, pág. 26.

posibilidad de unificarse sobre lo permanente. Somos dialogo con el tiempo desde que *el tiempo es.* Desde que surgió el tiempo y se lo detuvo *somos* nosotros, desde ese momento somos históricos e integramos la noción de *olvido.*

Si la filosofía se desliza por los senderos de la pregunta del hombre sobre su entorno, ello no implica que la ruptura con la poesía sea inmediata, sino que es pausada en su acontecer coetáneo. Los llamados presocráticos responden a la interrogación acudiendo a los elementos que conforman el universo y sus sucesivos advenimientos. Tales de Mileto consideraba el elemento agua como matriz originaria del cosmos y para María Zambrano dicho simbolismo queda presente en sus numerosas plasmaciones como germinadora de la tierra y origen de la vida. Esta concepción reproduce en el fondo ciertos mitos del Próximo Oriente y de Egipto en los que se representa la tierra flotando en una masa de agua, de este modo se explicaban los temblores y accidentes de la tierra. En «Antes de la ocultación. Los mares» recogido en *De la Aurora*, nos dice María Zambrano que al fin y ya desde el comienzo del amanecer se percibe que ya han ido apareciendo los mares. Además, nos expresa que el mar no es nunca una herida ni tampoco hiere, si no que lame, abraza, surca como si él mismo fuera nave que se busca a sí misma... y se derrama como espuma. Aquí Zambrano coincide con Antonio Machado, el poeta y filosofo del agua, tan presente ésta en el entorno andaluz como fuente y mar, como origen y como destino final.

Anaxímedes nos muestra que existe como origen de todo, de toda una realidad dependiente de la experiencia, aunque en un sentido indeterminado. Este principio sería el *aire*, elemento invisible e imponderable, casi imperceptible aun-

que observable. El aire infunde en la vida fuerza vital a través de la respiración, flujo universal que subsiste por si mismo sin delimitación. Es divinidad pues que el hombre todavía no se ha desprendido de lo divino que anima el mundo, así el cosmos nacido del aire vive siguiendo el ritmo de una respiración colosal, a imagen de ese soplo que constituye nuestra alma, nos *anima* y nos da el movimiento y vida, de ahí el carácter eterno del aire. Huella de ello sería la afirmación zambraniana de que cuando el espacio se le da felizmente al ser vivo le permite, al par que la respiración, la visión.

En el centro del pitagorismo, tan presente en todo el itinerario del pensamiento de Zambrano, se nos habla del alma. En ese centro convergen la inmortalidad del alma, la aspiración a la salvación y la necesidad de seguir las prescripciones —política, religión, medicina y música— de un modo de vida que exige una purificación, catarsis sustentada en la contemplación que procura un acercamiento a lo divino para llegar a ser lo suficientemente puros y lograr una eternidad de felicidad supraterrena. Aparece un nexo de unión entre la terapéutica sagrada de la lira de Orfeo y la concepción numérica de la medida justa en la que descubre que los números imperan también en la música y los acordes musicales satisfacen las relaciones simples. Y el canto y la lira —armonía que es razón y al par evocación— son acción mágica atraedora de almas, de recuerdos. La música revela para los presocráticos los infiernos del alma, el tiempo de la naturaleza, el alma entre la vida y la muerte que ha de trascender. El horror del tiempo se aplaca por la monotonía que corresponde a la monodia del canto primitivo griego y la liturgia. Y ese sentir se extiende desde ese momento a

todo el cosmos tal como María Zambrano nos dice que volverá esa música que se aproxima más al origen, al principio, cuando revela a la par el instante de ahora. Música que dura un instante toda ella, un instante de eternidad, como el morir, como el nacer, como el amar.

Para Heráclito el combate es padre rey de todo. Mas frente al cambio, el logos es armonía suprema, no sobreañadida ficticiamente sino que supone una unidad inmanente. El logos es la razón, toda la razón y con ello trasciende las etapas de la intuición o el sentir del número. El logos es razón y a la par verbo, la unidad, fuerza motriz y creadora de devenir que podemos llamar *separada*, en cuanto universal, pero también puede entenderse como *confundida* con el cosmos en el devenir, puesto que actúa hasta en los humanos que la ignoran. Y el logos es *fuego* asimismo, el fuego celeste, *éter* divino; y el fuego que vemos devorar luminosamente a los demás elementos. Un fuego que en la versión poética de Zambrano es «llama que consume el tiempo y lo crea», como nos dice en *De la Aurora,* la llama que purifica al par la visión corpórea y la visión corporal también, iluminando, vivificando, alzando, sin ocupar por eso todo el horizonte disponible del que mira.

En Parménides frente a la multiplicidad fluye la identidad: «Existe el Ser y no puede suceder que no exista». Esta es la única vía posible y fecunda, la de la identidad absoluta del Ser, las demás son intransitables y sólo producen decepción. El ser único no creado, indivisible, eterno y universal. Y las cosas —inteligencia encarnada— han de ser unas. Ser, ser cosa, supone ya la identidad. Es una realidad salvadora porque nos libera de las apariencias, de la

ilusión y, para Parménides –frente a la concepción fundamentada en lo oscuro y en el misterio–, esa visión del Ser es la plasmación del pensamiento claro y preciso. En ello fundamentaría su versión del llamado *apeiron* de tan largo camino en la filosofía.

> Que no hallarás el Pensar
> Sin el ente en que se expresa;
> Nada es algo o lo será
> a no ser que ente sea[2].

Una mención especial merece Empédocles por su importancia en la filosofía de Zambrano. Para este autor presocrático, no existe unidad primera y en su lugar se dan una variedad de elementos que denomina *Raíces,* en número de cuatro, vivientes y divinos: el fuego, la tierra, el aire y el agua, más sus cambios y combinaciones que explicarían los fenómenos que aparecen y desaparecen debido a sus mezclas y conjunciones. Pero el principio motor del universo obedece a dos principios opuestos, *Philotes y Neikos,* Amor y Odio, que obedecen a la concepción ético-religiosa del bien y el mal. De la primacía de uno u otro depende el ordenado encuentro y armonía de las *raíces* o la desarmonización de las mismas, implicando con ello el progreso o decadencia del devenir. Hubo una edad de Oro en la que reinaba el amor pero el odio empujo a los hombres hacia la destrucción. El Amor que resta retrasa la descomposición del mundo. Quizás este sentir de María Zambrano, obedezca a ello, a que quizás un ser divino esté siempre muriendo y naciendo: «fuego que se reenciende en su sola luz».

2. *Parménides*, Fragm, 3.35ss.

La concepción filosófica de Platón en principio semeja orientada por el pitagorismo en su panorama de las ideas solventadas por la existencia de un universo anterior en el que las ideas belleza, bien y amor son la reminiscencia de aquella plenitud luminosa que las habitaba en un universo anterior, sería la llamada *anamnesis,* el alma ya ha visto lo que descubre en otro mundo: el conocimiento es reconocimiento.

Cierto es que su pensamiento queda expresado en *Diálogos* y que pudiese reflejar lo que la pensadora llama *actitud* filosófica, recordando a Sócrates quien con su método interrogativo lo que pretendía es un alumbramiento de las almas de los ciudadanos frente a la opinión adquirida y avasalladora. Al dirigirse a la juventud —pareja actitud tuvo María Zambrano en un momento crítico de la temporalidad de su país— y suscitar su acogedora aceptación frente a la opinión vigente, integra una de las características de la filosofía como enseñanza para la muerte, corroborada por su actitud ante la condena a muerte dictada por el tribunal de Atenas alegando que corrompía a la juventud.

Platón en su tratado *La República,* reafirma la expulsión de los poetas de la ciudad y en ello se patentiza en su mayor hondura la violencia que, al parecer de Zambrano, se ejerce en el momento de la separación entre Filosofía y Poesía, pues que en el mismo Platón se hallan reminiscencias del pitagorismo y raíces poéticas al acudir a los mitos para el desarrollo de su pensamiento. Sin embargo, busca ese *Logos,* término que en su sentido griego equivale a «la palabra que tiene un sentido, discurso y razón». Busca con violencia sobre las raíces de su pensar la seguridad o el medio de pacificar la existencia.

El camino de Aristóteles es ya el del logos lógico en que «las cosas son lo que son». Van desapareciendo los dioses en pro de un Dios como Motor Inmóvil origen del movimiento, primera causa eficiente y al mismo tiempo última causa final. Es la testificación, a través del silogismo, de la causa al efecto, de la potencia al acto. Nos acercamos más a la conceptualización que a la concepción. Todo parece obedecer más a las seguridades del hombre y a la par a su resignación, que pudiera parecer estoica pero que surge con un tamiz de fe agresiva. Contrariamente, María Zambrano afirma repetidamente que la suerte de la razón del vencido es convertirse en semilla que germina en la tierra del vencedor. Por ello pregunta si la palabra poética está vencida cuando es enterrada. Frente al triunfo del pensamiento sistemático que representa Aristóteles y su exclusividad hay una renuncia a todo un universo anterior y por ello Zambrano acude a la memoria que lejos de *aplanar* el pasado lo recupera. Más allá de la palabra-pregunta que responde y nombra, se refleja aquella otra que se pretende exiliar de la filosofía y que sugiere el misterio, pues que otra forma de respuesta a la interrogación humana fue dada en la tragedia y el firmamento poético del pitagorismo y sus colindantes.

Pero el pensamiento de Platón, pese la violencia ejercida para liberarse del pitagorismo, es filosofía sin olvidar que sigue siendo religión. Construir un sistema no implica el sacrificio de los anteriores que quedaron al margen, vencidos u olvidados, porque son la *reserva histórica* que erigen siempre los vencidos. Y ello es esencial para integrar y comprender la llamada *razón poética* de la pensadora malagueña.

Mas, ¿dónde queda el Amor, esencial en el pensamiento de María Zambrano y que considera como tejido originario del

mismo? Tras la lectura de los díálogos, *Fedro* y *El Banquete,* se nos aparece que la contemplación de la belleza es enteramente visible e incluso corpórea. La belleza marca un inicio en la escala del amor que transita más allá de la corporeidad y de lo de sensible pues existe eterna y absolutamente por sí misma y en sí misma. Por ello, el amor nacido de la dispersión de la carne, en analogía con lo poético, encuentra su unidad y su salvación porque sigue el camino del conocimiento. Sí, la vía del amor es el delirio, pero por la vía de la belleza acude al recuerdo, toma alas elevándose y se dirige hacia lo alto y, a la manera del vuelo del pájaro, descuida las cosas de abajo izándose hacia las formas de posesión divinas, el delirio se trasciende en divino, lo que llamamos *loco* o *loca de amor*. El amor adquiere su unidad como *idea.* El llamado amor platónico que se vierte en la concepción del *Amour courtois,* se desliza a lo largo de La Edad Media a través de su manifestación en la poesía y su influencia se extiende hasta finales del siglo XIX. La divinización de la mujer, que sustituye a la pagana del efebo, conlleva la presencia de un *a priori* ideal femenino, hasta entonces ignorado.

Además de la tradición griega, hay que recordar la influencia de la mística castellana en María Zambrano, Teresa de Jesús y Juan de La Cruz. Mística que tiene sus orígenes en la cultura oriental –budismo, taoísmo, o el bíblico *Cantar de los Cantares*– y cuya introducción en el cristianismo fue problemática –recuérdense los procesos inquisitoriales al iluminismo–.

También debemos mencionar a Nietzsche en el universo zambraniano, tomando por ejemplo su afirmación en *Aurora* de que «todo lo que se hace por amor, se hace más allá del